

EL AMOTINAMIENTO DE LAS LEGIONES ROMANAS EN PANONIA Y GERMANIA. CULPA Y PERDÓN

Antonio Hermosa Andújar
Universidad de Sevilla

En el presente artículo se estudia el amotinamiento de las legiones romanas en Panonia y Germania, pero no desde un punto de vista historiográfico, sino psicológico, ético y político. En el trayecto que va desde el surgimiento de la rebelión hasta su sofocamiento final nos encontramos con individuos que de manera deliberada, racional y organizada reivindican sus derechos de una manera cada vez más violenta. Cuando las autoridades romanas intentan poner fin a la rebelión pronto generan en los rebeldes un sentimiento de culpa que lleva a muchos de ellos al abandono de la misma y a reasumir la autoridad antes contestada. El sentimiento de culpa, sin embargo, no termina ahí y la necesidad de los rebeldes de ser perdonados da lugar a un proceso de arrepentimiento, de castigos, de venganza contra sus ex compañeros y contra sí mismos hasta su expiación definitiva en el campo de batalla, es decir, comprometiendo su honor. Gracias al honor la política logra lo que no pudo la ética: poner paz en la conciencia de los antiguos rebeldes. Pero el nuevo escenario pone su precio: no es posible la inocencia en el mundo de los hombres, sino que el desgarró moral, incluso perverso y truculento a veces, forma parte de sus señas de identidad.

Palabras clave: Roma, rebelión, conciencia, culpa, arrepentimiento, venganza, honor, política.

Introducción: la Paz barroca. El Imperio como ilusión de la República

Fenecía el periodo de la paz augusta, un tiempo barroco en el que se practicaba la ficción de creer que bajo la toga del emperador habían desaparecido las armas por cuyo calor había germinado. La libertad se había vendido a la paz, el cambalache final configurado por la conjunción de otras compraventas: caídos o proscritos los más valerosos, la fuerza del ejército sucumbió al chantaje de las prebendas, el estómago de la plebe vació su mente de ideales, las provincias se vendieron a sus resentimientos, los viejos retrocedieron ante sus recuerdos y los jóvenes fueron comprados por sus impresiones: nacidos casi todos tras la batalla de Accio no disfrutaron siquiera el privilegio de olvidar la libertad y creían que el imperio que tranquilamente les devoraba era naturaleza en vez de historia. La paz barroca de Augusto se representaba en la escena pública, mientras entre bastidores se celaba la vejación infligida por la seguridad a la libertad, esos dos héroes de la dignidad humana ahora en guerra entre ellos. En tal mundo de ficción el viejo orden republicano aparecía aún ante los ojos perplejos de los romanos actuales en la conservación del venerable nombre de sus magistraturas, ocultando así el hecho de que el poder de todas ellas se desgajaba sin pausa de sus antiguos titulares para concentrarse en manos del nuevo *príncipeps*, el artífice de ese *grandioso* y original sujeto histórico al que se denomina *Imperio Romano*¹.

La muerte de Augusto quebró su artificial paz, pero antes de que la guerra se presentase la sociedad proseguía su implacable mas a la vez casi imperceptible proceso de reordenación piramidal, que acentuaba su barroquismo modelándolo con nuevas formas

¹ Resumimos así el significado del *Principado* de Augusto, tal y como lo Tácito lo expone al inicio de sus dos obras mayores (en lo que sigue el resumen es el de los *Anales*, Gredos, 2001, ed. de José Luis Moralejo).

adornadas de alguna filigrana ocasional. Si, de un lado, la sociedad preservaba con Tiberio la vieja ficción de las formas republicanas, el paulatino acúmulo del poder en su persona contravenía ese celo político que acompañaba a sus palabras y refrendaban con falsía sus acciones; un autoritarismo creciente que despojaba al poder de sus propias ilusiones —el rendir simultánea pleitesía a varios amos— acercando su ejercicio a lo que proclaman sus sueños: la equiparación coyuntural entre verdad y falsedad, la proscripción de la publicidad de su ámbito y la entronización de la irresponsabilidad política: lo propio de mandar “uno solo”².

El barroquismo se propalaba a través de la reacción del ilusorio defensor de la República al ser cazado en su propia trampa; el resentimiento era siempre la moneda común con la que pretendía saldar cuentas tanto cuando se le instaba a obrar en tanto él quería fingir un dolor ante la muerte de Augusto y justificar con él la incapacidad de hacerlo, o cuando se le recordaba lo que sabía pero fingía amonestándole para ser el “único espíritu” que debía gobernar el “cuerpo único de la república” y tomar decididamente el mando, etc. La naturaleza poliédrica de su resentimiento se hacía notar tanto si había un viejo prejuicio personal al que aferrarse, cuanto si no había una causa para el resquemor y el origen partía de un prejuicio, como el que sentía por los ricos sospechosos de ambición, o bien se hería su frágil vanidad con una palabra a destiempo. En todos los casos el resentimiento obraba con una sonrisa en los labios mientras con mimo preparaba a escondidas su venganza, por lo que a las potenciales víctimas sólo quedaba el paso de tiempo antes de serlo realmente.

La filigrana que, según dijimos, engalanaba esa modalidad nueva de barroquismo fue la carrera emprendida por “cónsules, senadores, caballeros”, a los que vemos poco después unirse también el pueblo, “por convertirse en siervos”³. Envueltos en una fétida atmósfera de degradación moral, esos títeres del destino creían renunciar libremente a su dignidad cuando ya habían vendido su alma a su ambición, sin percibir que en medio de vacías declamaciones, adulaciones retóricas o sentidas renunciaciones a sus derechos, el espectro de su libertad se iba perdiendo en la lejanía para nunca más volver. El arabesco moral de una libertad que se ejerce para autonegarse fue el último oro en brillar en sus conductas.

Fue entonces cuando de repente hizo irrupción la guerra que “la mayoría temía y otros deseaban”⁴, si bien bajo la forma inesperada de un doble amotinamiento de las legiones: en Panonia y, casi coetáneamente, en Germania. Qué las produce, cómo se manifiestan, con qué resultados y consecuencias, y cómo se neutralizan son las preguntas urgentes a las cuales un historiador intentaría responder en este contexto. Nosotros nos valdremos de dicho material sólo en la medida en que lo necesitamos para extraer de ahí el tesoro de enseñanzas que la antropología, la ética y la política han depositado en esos hechos al objeto de ilustrarnos tan profundamente como sea posible sobre la condición humana. En la secuencia de hechos casi paralelos conducentes a la rebelión de las tropas destacadas en ambas provincias nosotros observamos entre los rebeldes acciones libres y racionales, objetivos claros, valoración precisa de la situación, conciencia de la propia fuerza, etc. Y también ánimos soliviantados por las circunstancias, sentimientos de justicia, indignación moral, amor a la patria, deseos de paz, etc. Y también culpa, arrepentimiento, castigo, violencia y honor. Etc.

En acciones libres y racionales se expresa una parte sustancial de nuestra dignidad en tanto seres humanos y forman parte indisponible de nuestra felicidad: ¿por qué entonces

² *Anales*, par. 6, 3.

³ Par. 7, 1. Para la plebe véase el par. 15, 1.

⁴ Par. 4, 1.

si nos sabemos racionales nos sentimos culpables? Si somos conscientes de las injusticias que padecemos, y si podemos y queremos acabar con ellas, ¿por qué dudamos y aun nos arrepentimos: por qué nos suele quemar nuestra fuerza en nuestras propias manos? ¿Por qué el ferviente deseo de ‘novedad’ se acompaña, ante el menor indicio de fracaso, de un arrepentimiento aún más ‘brutal’? ¿Por qué el honor, que se adquiere mediante el comportamiento en la arena política, constituye el medio de redención de un sentimiento moral y por qué, sin embargo, es reivindicado básicamente por interés? Y por acabar: ¿por qué deseamos con fervor el mal ajeno en aras de la expiación de nuestra culpa?

Analizar la narración de Tácito a fin de procurar algunas respuestas a tales preguntas constituye el objetivo que nos proponemos a continuación. Para ello dividiremos nuestro análisis en tres partes, centradas las dos últimas en los conceptos que dan título al presente estudio sobre el amotinamiento de las legiones romanas en Panonia y Germania, que se verán precedidas por otra que dé cuenta de su origen. La primera se dedicará a determinar qué produce y desarrolla la rebelión; la segunda, a especificar qué la contiene; la tercera, a precisar qué la disuelve. Y, en todas, se aspirará a pormenorizar la lucha de la naturaleza humana contra sí misma; al cabo, es el análisis no ya de la incoherencia constitutiva de la naturaleza humana, sino de la condición perversa de dicha incoherencia lo que constituye el objeto de nuestro estudio.

Rebelión

La muerte de Augusto y el acceso de Tiberio al poder fueron el pregón que anunciaría, en Panonia como en Germania, el amotinamiento de las legiones, una sedición rápidamente devenida en rebelión. La rabia rompió los diques que la contenían en el viejo cauce de la disciplina y, adoptando formas variadas de violencia, se extendió como una mancha de aceite por los territorios donde el poder parecía sacralizado como tradición cuestionando su autoridad. La memoria sacó al sol antiguas heridas, la voluntad el deseo de restañarlas y la propia rabia la urgencia por hacerlo. En un instante la tierra tembló en Roma, y por momentos la solidez impoluta del edificio imperial pareció reducirse a mera fachada.

¿Por qué lo que debería haber sido un acto ordinario en cuanto regulado de transmisión del poder se convirtió en *occasione* de una convulsión política y social, tanto más terrible cuanto más inesperada? En efecto, en el punto en el que el todavía innombrado *imperio* iniciaba el giro hacia su consolidación e institucionalización la tempestad estalla, y “no por una causa nueva”, sino porque el simple “cambio de príncipe parecía ofrecer licencia para perturbaciones y esperanza de recompensas tras una guerra civil”⁵. Licencia y discordia unen de pronto sus fuerzas para alterar la situación y hacer visible lo que se escondía tras la aparente calma; enseguida recibirán ayuda de la “comodidad” y el “ocio”, que rehúyen de suyo el rigor de la “disciplina” y del “esfuerzo”.

El paisaje después de la batalla entre los ejércitos de la indisciplina y el *statu quo* aún no es sobrecogedor, pero sí preocupante. Las legiones cuestionan a la mayoría de sus jefes y los integrantes de cada una se refuerzan entre sí; algunos de sus jefes cuestionan parte del orden vigente y refuerzan a los legionarios; éstos, ya en rebeldía, prestan fácil oído a quienes desean agudizarla, y así algún Percennio, ducho en artes teatrales, goza del placer de medir *in situ* su inmediata influencia embaucadora sobre los más indecisos, esto es,

⁵ Par. 16, 1. Las palabras están referidas a Panonia pero valen *mutatis mutandis* para la situación en Germania (siempre que esto suceda obviaremos el contexto).

cómo el movimiento va ganando adeptos. La paz augusta, verdadera y falsa, había velado el juego de heridas ocasionado por la gloria imperial en los cuerpos y los espíritus de quienes la proporcionaban: licenciamientos interminables, recompensas bastardas tras años y años de servicio, un estipendio vergonzoso, los veteranos por siempre al servicio de los estandartes, habían dejado sus marcas en sus cuerpos o su impedimenta y apagado el fulgor de sus esperanzas de una vida mejor una vez retirados. He ahí el rastro de dolor y humillación oculto tras la personalización republicana de un *princeps* divinizado tras su muerte, intensificada por los agravios comparativos con las “cohortes pretorianas”⁶, y que de repente se hizo insoportable a una tropa mortificada por su consciencia del mismo y resuelta a su proscripción. La rebelión contra esa tetralogía del mal subyacente a aquella venerada *paz* tenía pues un sujeto firme y una dirección clara que a un tiempo le infundía unidad, vigor y legitimidad.

La sedición no era todavía rebelión, pero su protesta había enseñado a los insumisos a replantearse su obediencia y a valorarla negativamente: ahora, la tan decantada virtud de las legiones a ellas mismas parecía un reincidente “pecado de cobardía”⁷ contra el que los cuerpos viejos y mutilados de los soldados clamaban justicia desobedeciendo. Sentían, aun sin afirmarlo expresamente, que la gloria del imperio no podía dejar de correr paralela a su dignidad, que la apoteosis del emperador no debía originarse quemando las ilusiones de los soldados, que los cimientos sobre los que la *Urbs* edificaba su fama no habían de elevarse sobre los escombros de tantos cuerpos tullidos. Pero en cuanto las circunstancias extienden un tapiz ante los revoltosos por el que dar los primeros pasos en pos de sus sueños, y la fuerza, aun en sus manifestaciones más *delicadas*, se requiere al respecto, aquéllos, que no dudan en utilizarla, están así cruzando el estrecho Rubicón que muta a un sedicioso en rebelde. Porque la fuerza traerá con su uso la necesidad de una fuerza mayor, y en ese punto el desajuste entre medios y fines e incluso la posible transformación de los últimos forma parte del trayecto. Al principio, la fascinación de tener entre sus manos un ídolo ante el cual hasta el presente se habían limitado a obedecer y que ahora responde a sus demandas les deslumbra en el uso que hacen de él y les reconcilia entre sí y con sus proyectos. Es lo que ocurre cuando los manípulos se burlan del prefecto intercambiando su posición con la de un soldado raso, o incluso cuando degustan el placer de la soberbia luego de constatar cómo mediante “la coacción habían arrancado lo que por la sumisión no habían conseguido”⁸.

Empero, el principio dura poco. Los *rebeldes* reaccionan contra la detención legal de algunos de ellos, que todo lo intentan por “provocar el odio, la compasión, el miedo y la ira”⁹, asaltando el calabozo y liberándolos. La fuerza ha creado su *legalidad* y a partir de aquí se amplía de golpe y a discreción el círculo de lo posible; por ejemplo, que un impostor mienta teatralmente, acuse de crímenes irreales, que agrava con aspavientos, a las autoridades competentes en tanto manipula la inocencia de los bisoños para volverlos más crédulos, y que en lugar de exigírsele pruebas se crea en cuantas acusaciones profiere, se detenga a los ayudantes del legado, no se les dé muerte sin más porque se descubre la mentira a tiempo y, como castigo de dicha burla, se deje impune al burlador, se persiga a los tribunos y al prefecto, y se ponga fin al episodio con la muerte del centurión¹⁰. La

⁶ Par. 17, 6.

⁷ Par. 17, 2.

⁸ Par. 19, 5; la anterior afirmación se halla en el par. 20, 1.

⁹ Par. 21, 2.

¹⁰ Pars. 23 y 24, 1-3.

probable justicia¹¹ de las reivindicaciones iniciales de los sediciosos ha sucumbido así a los pies de su propia rabia, su legitimidad yace ahora entre las víctimas de sus armas y en lo sucesivo la valía de sus aspiraciones, desaparecida toda posibilidad de negociación, no conocerá más refugio para su persuasión que su fuerza.

Mas su fuerza ya no les protege, según se pone de manifiesto al tratar de hacerla valer frente a Druso, a quien Tiberio manda personalmente tratar con los rebeldes¹². Tras el desacuerdo surgido entre los amotinados y *el Imperio*, a los primeros cabe recordar que el ardid puesto en juego ahora por Druso para ganar tiempo fue el mismo otrora usado por Tiberio e intensificar las protestas subsiguientes a la percepción de la burla. Su fuerza les autoriza a rechazar el ofrecimiento con actitud desafiante y aun sobra para cuestionar la legalidad vigente como resultado final del contencioso surgido entre ambos bandos, pero esa consagración de su poder es el mismo tiempo un réquiem por su impotencia. Rotos los puentes de la negociación sólo cabe como solución a sus problemas la guerra civil¹³, un objetivo en absoluto previsto en su ideario y cuyo resultado aparece envuelto en una espesa nube de incerteza. Han roto la legalidad vigente sin haber impuesto una propia, y sin referente legal ellos mismos han perdido su condición de *rebeldes*, por lo que giran aislados, como anacrónicos seres absolutos, en un vacío histórico cuya soledad sólo su fuerza, seducida por una guerra civil, sabría romper; así, sólo ellos, tras una hipotética victoria, en una Roma humeante tras la guerra, serían su propia solución a sus propios problemas. Tácito no nos dice que los rebeldes fueran conscientes de semejante absurdo, del que, paradójicamente, sólo les libraría la sinrazón o, como dice el eximio historiador, el “azar”¹⁴, que eligió a dos de sus gemelos preferidos, la superstición y la ignorancia, para instaurar una paz provisional entre los dos bandos consiguiendo de tal modo lo que ni la razón ni la fuerza, por sí mismas o combinadas, pudieron hasta ese momento lograr. Un eclipse de luna es también un agujero negro en una mente simple y supersticiosa, el lugar donde la ignorancia ha reservado un espacio a todo tipo de dioses para que celebren con gran jolgorio diariamente su existencia. Vía culpa, de allí partió la línea recta que puso fin al motín con el doble castigo –muerte y prisión– de los principales alborotadores¹⁵.

Nuestro discurso ha tenido como referencia central a Panonia, pero de haberse centrado en Germania apenas habría experimentado modificaciones de importancia, excepto quizá en dos puntos. El primero tiene que ver con el rédito que la violencia extrae naturalmente del número¹⁶; ello se traduce en un aumento de capacidad organizativa¹⁷, de saqueos, de amenazas a los jefes; aparecen incluso las injurias a Germánico, hijo adoptivo de Tiberio,

¹¹ Dicha justicia y su razonabilidad son independientes del hecho de que las reclamaciones fueran hechas por individuos no precisamente ejemplares (e igual ocurrirá en Germania, donde tropas “entregadas al ocio”, o una “leva acostumbrada al relajamiento” ya antes de partir de Roma se suman alegremente a la sedición (par. 31, 3-4).

¹² El destino parece hacerles un guiño sobre la resolución final en la doble actitud que mantienen frente al emperador en la figura de su hijo: la de temer y dar miedo.

¹³ Cf. par. 36, 2.

¹⁴ “Aquella noche amenazadora y a punto de estallar en crimen vino a ser apaciguada por el azar” (par. 28, 1).

¹⁵ Pars. 28-30.

¹⁶ “Por ser más, tanto más violenta fue la revuelta” (par. 31, 1).

¹⁷ “El principal indicio de que se trataba de un movimiento importante e implacable era que ni andaban desacordados ni se enardecían por instigación de unos pocos, sino todos a una, y todos a una también guardaban silencio, con tal cohesión y firmeza que se creería que tenían un mando” (par. 32, 3). Las magnas palabras de Tácito describen con tal precisión la característica señalada que aunque sólo hubiera escrito éstas habría hecho merecimientos suficientes para incluirlo en el panteón de los dioses.

etc., hasta el extremo de, a punta de espada, forzarle a dar satisfacción sobre la marcha a sus exigencias, coincidentes por entero con las antevistas. El segundo mantiene viva su conexión con la violencia, pero ésta, lejos de asociarse mecánicamente a un número cuantitativamente elevado, hierve de *espiritualidad* en tanto presupone el acto racional de prevenir determinados hechos futuros fundado en otros ya presentes, y el acto moral de un interés de parte que, al acarrear beneficios a los –numerosos– afectados, acentúa por ello mismo su verosimilitud. Cuando el profeta participa, por decirlo con Kant, en el cumplimiento de la profecía sus posibilidades de verificarse se incrementan casi exponencialmente. Estamos aludiendo al posible acceso de Germánico, aprovechando su prestigio y la tradición familiar del mismo, al poder imperial, un deseo manifiesto de las legiones rebeldes en aras de su propio interés y una esperanza del pueblo romano en aras de la libertad¹⁸. Con todo, era justamente esa cercanía de Germánico a la “suprema esperanza”¹⁹ lo que le constreñía a tener que demostrar que la mujer del César debe parecer honesta además de serlo, por lo cual aprovechaba cuanta ocasión se presentaba para proclamar su lealtad a Tiberio en medida casi esperpéntica, al juzgar que sin ese énfasis pariente de la hipocresía nada le mantendría a salvo de su inocencia²⁰.

Culpa

No era fácil ser rebelde. Aunque fueran justas sus protestas y racionales sus aspiraciones no había sólo humillación, opresión y razones éticas ocultas tras ellas, y de otro lado los medios puestos al servicio de los fines también perdían de vista su rectitud al echar a andar; y aunque fueran muchos los rebeldes, siempre había recelosos a los que persuadir de la bondad del objetivo y, más importante aún, preponderaban los leales. La magnitud del desafío prevalecía sobre el poder de los amotinados, por lo que su fuerza, cada vez más privada de legitimidad para la ejecución del plan, se aproximaba en la misma medida a la violencia. La República, en suma, no sólo se había esfumado ya en la persona del emperador: llevaba mucho en entredicho o incluso disuelta también en el corazón de los soldados. Un nuevo César que quisiera reutilizar el talismán del conquistador de las Galias para frenar un acto de insubordinación hoy habría enmudecido de asombro ante el escaso eco que lograría al pronunciar la palabra *Quirites*²¹ encabezando su discurso.

Tampoco era fácil ser rebelde por lo que se ponía en cuestión. No sólo se habían alterado los procedimientos mediante los cuales la legislación sancionaba con la esperanza la posible conversión de “las aspiraciones de los soldados” en realidad. Eran viejos y nuevos ideales, querencias íntimas, interesadas creencias, el antiguo y renovado suelo de la identidad romana, comprendidos los hechos que refrendaban todo ello, lo que sufría desafío y, en apariencia al menos, debía perecer atropellado por las sucesivas olas de la violencia rebelde. Sin embargo, el antiguo –viejo y nuevo– mundo puesto en jaque retenía un improvisado custodio en el *παλλάδιος* de la conciencia que lo mantenía en vida. Resiste en las dudas y rémoras que contienen a numerosos soldados más acá de alcanzar sus deseos por las armas, y sobrevive incluso en muchos de los que en apariencia se lanzan al vacío en pos de sus reivindicaciones, protegidos desde un punto de vista normativo tan solo por su convicción de la justicia de las mismas, tan exacerbada que el procedimiento para realizarlas se resumía en la idea de que el fin justifica los medios.

¹⁸ Par. 31, 1 y par. 33, 2 respectivamente.

¹⁹ Par. 34, 1.

²⁰ *Idem*.

²¹ *Ciudadanos*, y de ella en la época que tratamos parecía quedar como mucho el eco.

Todo ello se pone de manifiesto en las alocuciones de Bleso y Druso a los legionarios de Panonia y en las de Manio Ennio a las de Germania, y más aún en los discursos de Germánico ante éstas²². Bleso²³, al extenderse las llamas, dispuso sofocarlas acudiendo a la panoplia de argumentos antes expuesta, extraídos de la tradición y del presente, y atomizados en aspectos formales y sustanciales, espirituales y materiales, normativos y fácticos, retóricos e ideológicos, personales y colectivos, muchos de ellos mezclados entre sí; la crítica al uso de la fuerza, por ejemplo, como método de satisfacción de los fines reivindicados constituye en primera instancia un defecto procedimental de reclamación, mas también la imposición forzosa de una novedad, abjurar de los *exempla* antiguos ya consagrados en la memoria colectiva y en las prácticas comunitarias, contravenir la fidelidad a Roma y renegar de los hechos recién llevados a cabo por las propias tropas en la que aquélla se materializaba, cuestionar el vínculo sagrado de la obediencia, faltar al deber supremo de la disciplina militar y traicionar la lealtad a esa nueva figura cada vez más poderosa que, olímpica, se yergue sobre la escena social romana y a la que pronto se reservará su lugar entre los dioses: el *emperador*, al que sólo falta el nombre para completar la cosa²⁴.

Así pues, la psicología y la tradición, la ética y el derecho, la historia y la política, la entera *vida* de Roma es lo que ha sido puesto en jaque, según los custodios de la legalidad, por la novedad armada urdida por los rebeldes, y no sólo sus autoridades inmediatas o mediatas. Las mitologías en las que se envuelve su pasado y la grandeza soñada para el futuro. Nada hay de extraño por tanto que se acuda a semejante yacimiento de poder en gran parte inmaterial para refrenar la rebelión, ni tampoco en que éste acabe produciendo tales efectos incluso cuando los rebeldes perciben que sus interlocutores les engañan con promesas vanas que sólo aspiran a ganar tiempo y crear división a fin de abortar su empresa. En tales casos, la rabia aullará y asaltará la mente, la rebeldía se propagará y la pagarán más inocentes, la fuerza se desnaturalizará como violencia y no conocerá freno, hasta cortar todo cordón umbilical con la *vida* de Roma. Mas no durará mucho, y una vez pasado lo peor de la tempestad no habrá espada que haya cortado por siempre el nudo gordiano que escindía a los legionarios de su pasado romano. Ese pasado sigue ahí, tentando su voluntad y su conciencia, creando esperanzas y expectativas de realizarlas, a pesar de que el fuego que dio origen al conflicto permanecía aún activo. De ahí que Druso, decidido a poner fin a la rebelión a instancias de Tiberio, se valga de las esperanzas y no sólo del miedo.

Esas esperanzas y ese miedo son las dos caras de la misma moneda por cuanto su punto de referencia es el mismo: la satisfacción de los fines que les impulsaron a rebelarse. Pero también es cierto que para la amplia fracción de dubitativos que poblaba el ejército son asimismo la vía para la recuperación del *pasado romano*, de la normalidad: su reingreso en la legalidad. El golpe es rotundo, pues la unión entre veteranos y noveles se quiebra y en la debilidad que poco a poco va atenazando las expectativas de éxito de la rebelión se va percibiendo la fuerza que va recuperando el viejo mundo a través de un creciente deseo

²² Véase par. 18, 3; 19, 2-3; 28, 4; 29, 1-2; 34, 4-5; 35, 1; 38, 2; 39, 5-6, 42 y 43.

²³ El cónsul al mando de las legiones que, tras el acceso al poder de Tiberio, “ya por duelo, ya por alegría había interrumpido los ejercicios habituales” (16, 2, dando así un involuntario inicio lejano al motín.

²⁴ Que ya existe, que está abandonando el mundo humano para crear una especie intermedia, como en Oriente, entre dioses y hombres antes de que el estatuto de aquéllos, una vez alcanzado, le separe definitivamente de la antropología, puede advertirse en las palabras del propio Bleso con las que éste inmola su honor ante la futura divinidad: “Mejor será que os ensangrentéis las manos con mi muerte; será más leve la infamia de matar a vuestro legado que la de desertar de vuestro emperador. Mantendré salvando la vida la lealtad de las legiones o, degollado, apresuraré vuestro arrepentimiento” (18, 3).

de retorno a la disciplina y, con ella, el sometimiento a la autoridad, al orden y, en suma, a la restauración de las jerarquías.

Casi una repetición de los hechos, con la variante del añadido del número y de la violencia inherente al mismo: eso ya no es aquí Germania en este punto respecto de Panonia. Sin duda, *Roma* vuelve a dominar la argumentación que, a través del miedo y la esperanza, pretende disuadir a los amotinados de continuar la rebelión; pero en esta ocasión, en parte por la delicada relación de Germánico –cuya vida corría peligro a causa de su honestidad y acabó perdiéndola por ella– con Tiberio, pero quizá más aún por los nuevos vientos imperiales que soplaban sobre Roma concentrando el poder y verticalizando la sociedad, el pasado romano queda subsumido en el presente excepto en alguna alusión en la que aparece reconocible²⁵. Es la situación en los dominios imperiales, la contraposición ignominiosa entre la lealtad de las colonias al *emperador* de Roma frente al levantamiento de la propia Roma, de las legiones bajo su mando, contra él, aniquilando de un plumazo tradición, autoridad y disciplina; es la veneración debida a Augusto y Tiberio, genuinas encarnaciones de Roma, la paradoja y la humillación por el recurso a la violencia.

En efecto, a pesar de la seducción que Roma aún ejerce sobre numerosos amotinados la rebelión es un hecho grave que hace tambalearse el orden en romano; el amplio número de rebeldes, la determinación en llevar adelante sus reivindicaciones, la violencia a la que recurren sin que la conciencia proteste y la extraordinaria fuerza de que disponen –al punto, como Germánico mismo reconoce, de que puede ser peor el remedio que la enfermedad, esto es, que abortar la rebelión podría desencadenar una guerra civil²⁶– hacen ver que la *persuasión* que ponga fin al contencioso no se basará precisamente en ilusiones, ya sea la razón o la ética, o una suma de ambas, el ilusionista²⁷. La seducción de Roma, hemos dicho, será real, pero Roma tiene rasgos de sirena ajada; el miedo surtirá efectos, pero no en todo y se le constreñirá a imponerse; las esperanzas de normalidad atraen, pero el deseo se pospone a la satisfacción de las exigencias, cosa que, a diferencia de Panonia, aquí se logra de inmediato, por cuanto Germánico percibe que el peligro de la rebelión es ya una amenaza para el *statu quo* de Roma.

No era fácil ser rebelde, decíamos, y explicábamos los motivos en los párrafos iniciales de esta sección; pero lo es menos parar la rebelión una vez iniciada. Resulta paradójico que una confrontación de titanes empiece a resolverse en una conjura de enanos. Es el azar el que se aprovechará de la virtud de la ignorancia, que al deambular por el ámbito religioso en busca de explicaciones a ciertos fenómenos naturales se agudiza sin más en superstición. Gracias a ella, un eclipse de luna deviene un “presagio” y la propia luna así *eclipsada* el espejo que refleja la actual condición personal de quien la observa. Pero el *presagio*, además de sus bien acreditadas propiedades prosopopéyicas, merced a las cuales una luna puede ser persona, también invierte el *tempus* de la relación entre objeto y sujeto así como la jerarquía entre ambos, y lo que en la creencia era simultáneo pero otorgaba primacía ontológica al sujeto que se *reflejaba* en el espejo de la luna, ahora deviene un antes y un después y el objeto, con su devenir, marca el destino del sujeto: la luna *autodesaparecida* en su eclipse deviene el milagro que profetiza al crédulo el fracaso final de su empresa. Por lo demás, moviéndose como lo hace en el firmamento religioso el creyente se las tendrá que ver antes o después con sus otros astros naturales, los dioses, que son quienes en última instancia determinan el destino de los hombres. La conclusión

²⁵ Par. 35, 1.

²⁶ Par. 36, 2.

²⁷ Y cuando el iluso no engaña con sus ilusiones es porque ya el camino de vuelta se ha iniciado (pars. 42/43).

es tan sencilla de urdir como desesperadamente irracional: un eclipse de luna anuncia la oposición de los dioses a la empresa de unos hombres, y con ella el castigo. Tanto Druso como Germánico sabrán explotar las ventajas que la ignorancia les sirve en la bandeja de la superstición²⁸.

A partir de la convicción de que la divinidad no apoya la causa rebelde la potencia del *enemigo* conoce cada vez menor oposición y sus planes comienzan a rodar cuesta abajo. La presencia de los dioses en este punto del proceso confiere vigor a las intenciones iniciales de quienes pretendieron sofocar sin éxito la rebelión. Las barreras inicialmente puestas a la misma, con las que un Bleso o un Druso, un Ennio o un Germánico, querían forzar a volver al redil a los descarriados, a saber, el *mundo* de Roma hasta entonces común, se erigían como otros tantos arietes con los que herir la conciencia de los rebeldes mediante la culpa y el arrepentimiento. El efecto de seducción se ejercía, sin duda, pero aparte de que era débil, el menor movimiento *falso* del bando legalista extremaba la respuesta de los revoltosos y la situación volvía al punto de partida, salvo por los nuevos poderes que se le otorgaban a la violencia y al temor que en uno u otro bando, por causas distintas, inspiraban. Pero cuando los dioses pisan la escena, ya algo desequilibrada en favor de los leales a Tiberio, y deshacen la racionalidad de la mente de los rebeldes, sus defensas caen y la culpa, y su ahijado, el arrepentimiento, hallan la vía expedita hacia su conciencia. A partir de este momento la rebelión *es* historia y el problema es dar con el modo en que la justicia participará en una reconciliación que devuelva a la gran mayoría a la condición previa al amotinamiento. Entramos en el dominio del perdón, que en la exposición de Tácito es un asunto básicamente político, bien que con reminiscencias religiosas, y que va desde la culpa y el arrepentimiento, pasando por los castigos, hasta la reivindicación mediante el honor por vencedores y vencidos. ¿Cuál es, pues, la reacción de ambos bandos ante la nueva situación, cómo contribuye cada uno a volver a ocupar su papel en el renovado mundo antiguo? Es lo que pasaremos a ver a continuación.

Perdón. Honor y expiación de la culpa

La rebelión contra la autoridad había puesto en jaque a Roma sin proponérselo y, quizá, sin saberlo. Ni siquiera cuando la apuesta se encareció y los rebeldes enarbolaron el estandarte de la violencia contra el bando legal la idea de una guerra civil sacudió como un escalofrío sus cabezas. El drama se vivió, desde luego, pero fue en la de Germánico, en la que se presentó bajo forma de dilema: él tenía plena conciencia de que “la severidad resultaba peligrosa, la condescendencia criminal”, y de que ambas alternativas confluían en su resultado: “ya se le concediera al soldado nada o todo, la república estaba en peligro”²⁹. De ahí que hubiera más dudas que culpa entre los integrantes del bando rebelde y que, al inicio de la sedición al menos, cuando los legionarios más noveles se mostraban remisos sus dudas apenas estuvieran manchadas de culpa.

La herida moral que ésta abrió en sus conciencias empezó a infligirse desde el bando rival al amplificar por medio de sus sucesivos portavoces el significado de la revuelta, que en su opinión se dirigía no sólo contra las autoridades más inmediatas sino contra la entera *traditio* romana. Aun así, para que la culpa se alzara con una victoria parcial reconocible por ambos bandos e influyera en el resultado de la contienda la conciencia de los rebeldes

²⁸ Ver pars. 28, 4 y 39, 5-6. Sorprende sin embargo que al planificar la rebelión no hubiera ningún contacto previo con los dioses para que les dieran su parecer: bastaba con la justicia de la causa.

²⁹ Par. 36, 2.

necesitó de varias capas de ayuda: la de la situación, que adoptaba un cariz desfavorable para ellos; la de la manipulación por parte de los antagonistas del prejuicio y la ignorancia; la de las promesas de sus dirigentes, que restauraban en el ánimo de muchos amotinados las semillas de la esperanza, marchitas con la nueva situación; la de la superstición, que no desaprovechó el regalo brindado por el azar; y la suprema de sus creencias religiosas, pobladas de dioses árbitros del destino humano y que profetizan el castigo por las malas *obras* sea en los derroteros que anuncian su fracaso que en la culpa: serían tales creencias las que fijarían su culpa como destino.

Es aquí donde la culpa se conecta con el arrepentimiento y donde se inaugura el tortuoso camino conducente hasta el perdón. Druso instrumentaliza la religión del azar a su favor para invertir definitivamente la situación y forzar al destino a decantarse de su lado, sembrando, como dijimos, miedo y esperanzas en el corazón de los rebeldes, incitando a la desertión del bando desertor, menoscabando a los cabecillas fugaces que en algún momento teatralizaran la rebelión, etc., y culminando todo ello en un propósito que suena a justificación: “¿Por qué... ya que fuimos los últimos en la culpa, no somos los primeros en el arrepentimiento?”, pregunta en su nombre el centurión Clemente³⁰.

El arrepentimiento, empero, beneficia más al instigador que al arrepentido, pues legitima los actos encaminados a provocarlo y las intenciones subyacentes tras ellos, y si bien lima las aristas de la culpa no representará por entero, como veremos, su absolución. Es el marco político en el que transcurre el curso del perdón lo que explica la paradoja señalada que lleva a la política a preponderar sobre la moral. Legitima los subterfugios con los que explota las debilidades del rival, pero legitimará además las acciones que conduzcan a la satisfacción del objetivo de poner fin a la rebelión. Sean las que fueren³¹.

En primer lugar, las relativas a los castigos. El perdón no es universal; hay varias escalas de responsabilidad en la rebeldía y para las más altas no cabe la permisión. Escarmentar a los cabecillas a fin de impedir que delitos de semejante gravedad salgan gratis a causa precisamente de dicha gravedad, del peligro que conlleva reprimirlos —era uno de los cuernos del dilema de Germánico, recuérdese—, conforma la parte política de la justicia, y el bando legalista estaba dispuesto a ejercerla. Sólo que en la justicia política la política es el sustantivo y la justicia el adjetivo. Así, en Panonia, se emprende la “búsqueda de los perturbadores” y se da muerte a un puñado de ellos; y otro tanto ocurre en Germania, con la diferencia de que se les regala una muerte más sofisticada³²: los otrora más admirados por su audacia y su valentía son los corren con las cuentas de todos en medio de una atmósfera de descomposición moral que a nadie será fácil olvidar, pero que, en su capítulo más turbio, no ha hecho sino empezar.

También dentro del territorio del castigo el arrepentimiento acabará justificando acciones no por inauditas menos esperadas: las promovidas por la venganza, que sólo cuando la ocasión es netamente favorable saca a relucir sin vergüenza las alianzas secretas que la convierten en el brazo derecho de la cobardía. La sordidez de *aquella* venganza no es sólo la violencia gratuita que amablemente regala por doquier, sino que lejos de ser cosa de los vencedores recubre con su hedor también a los vencidos ahora arrepentidos. Entre los primeros, y en el bando de Druso, algunos de sus consejeros argumentan, desde lo alto de una situación favorable, a favor de castigos ejemplares de la siguiente manera: “todo es

³⁰ Par. 28, 4.

³¹ Lo ‘terrible’ será que esas acciones, brutales, las querrán los dos, y de este modo el arrepentimiento prepara su camino hacia la recuperación del honor.

³² Pars. 30, 1, 44, 2 y 48, 2.

poco para la masa; aterroriza si no se le causa terror; una vez que se le mete miedo, se la puede despreciar”: y como en política las palabras suelen ser embajadores de los hechos, el paso siguiente consistió en perpetrar los crímenes recién aludidos³³. Lo que al respecto añade Germania a Panonia es un mayor refinamiento en la venganza, al punto de dar lugar a un subtipo específico de la misma. Germánico –el pacífico Germánico, el *emperador* en pechos ajenos por familia, mesura, racionalidad y equidad–, tomadas ya las riendas de la lucha contra los rebeldes les anuncia en una carta a unos de sus jefes la ejecución de una “matanza indiscriminada” entre ellos si antes no se hacen justicia entre sí, y la razón es atterradoramente evidente: “en situación de paz, hay consideración para causas y méritos; cuando se desencadena la guerra caen juntos inocentes y culpables”³⁴. El sacrificio fatal de la inocencia, y no sólo la eliminación de los grados de responsabilidad, constituye por tanto un peaje exigido por la guerra. Ahora bien, si la inocencia es prescindible, la razón de matar se ha vuelto inocua: la decisión de hacerlo se traslada a la naturaleza y cualquier forma de intencionalidad queda inmediatamente autorizada, puesto que una muerte por accidente es de hecho equiparable a una muerte por venganza. El fatalismo ha igualado decisión y azar, voluntad y *factum*, y cuando la acción es ya un hecho mineral el asesinato se borra del mundo del derecho y a la muerte se la exilia del reino de los vivos: todo es legislación natural, mera sucesión de causas y efectos.

Ahora bien, lo peor para la moralidad está por venir, y en dos fases, además, la primera feroz pero menos sobrecogedora que la segunda. Decíamos que la venganza se adueña asimismo de la voluntad de los vencidos recién arrepentidos. Su reacción frente a sus excompañeros no la dicta el olvido, la indiferencia, el desinterés y ni siquiera el repudio, menos aún los recuerdos, la empatía o el afecto. Su reacción les mancha las manos de sangre porque es la delación, la traición y aún más: su ocasional conversión en verdugos. En algún caso, los actos de impiedad vienen promovidos por el miedo a los dioses, es decir, por su fe religiosa. Es lo que ocurre en Panonia³⁵ y a veces en Germania, donde el miedo y la conciencia de culpa conforman los pilares psicológicos de la falsa delación contra el ex cónsul Munacio Planco, si bien aquí hasta quepa barruntar que el defecto congénito del vulgo de fabricar culpables mediante imputaciones espurias valga como paradójico atenuante³⁶. En la misma Germania, sin embargo, el sufrimiento llegó a ser el preludio de la sangre y la crueldad parte del juego del crimen, si éste no se cometía con alevosía y premeditación³⁷.

¿Por qué el arrepentimiento, y no sólo la razón, como dirá Goya, produce monstruos? En el ámbito del castigo el perdón no es posible; es una fase más que nos conduce hasta él, pero no la definitiva. En efecto, a guisa de explicación de esa oda a la inhumanidad Tácito introduce una idea tan genial como terrible que nos hará saltar de ámbito llevándonos hasta el del honor, donde concluirá un recorrido en grado de resarcir a los seres humanos de sus culpas individuales pero sólo a cambio de crear con ellas una sociedad culpable que compra la virtud de su conciencia con victorias en el campo de batalla. Apostillando

³³ Pars. 29, 3 y 30, 1.

³⁴ Par. 48, 2. El contexto aquí operaría quizá como atenuante: Germánico ya había resuelto sus dudas en favor de la represión violenta del último reducto rebelde: las legiones V y XXI, las primeras también en rebelarse, y a las que nada de lo sucedido hasta entonces había afectado en su propósito, salvo en el aumento del encono por llevarlo a cabo (par. 45). Con todo, contemplar la matanza de inocentes como un simple gaje del oficio es un castigo que moral y humanamente supera el mal contenido en cualquier delito. La humanidad pierde para siempre la inocencia ante un hecho así.

³⁵ Par. 30, 1.

³⁶ Par. 39, 2-3.

³⁷ Pars. 44, 2-4 y 48, 3.

la secuencia del sufrimiento y la crueldad que se concitan en el crimen apenas aludida, dice: “Y los soldados se alegraban con las ejecuciones como si se absolvieran a sí mismos”³⁸. Ya no es sólo indiferencia o traición lo que hay aquí; están, sin duda, pero no explican esta reacción de los soldados ante su crimen; su crueldad tiene ya otros fundamentos. Los arrepentidos echan mano de esa violencia porque el arrepentimiento no ha surtido efecto, y no lo ha surtido no por una hipotética falta de compromiso, sino porque el miedo sobrevive en el arrepentido y le fuerza a actuar de manera instintivamente cruel; pero ello, a su vez, se debe a que el miedo no ha dado con un antídoto para el veneno de la culpa.

Pues no es el miedo —a los dioses, un trasunto en realidad del miedo a la muerte violenta en los rebeldes amnistiados— lo que conduce a la culpa, sino la culpa lo que produce el miedo. El supersticioso sólo sentía miedo ante los dioses cuando previamente estaba poseído por la conciencia de culpa; sin ella el castigo no existía, sino el favor de aquéllos; y en cualquiera de ambos casos su acción era posterior a la del ejército de crédulos que los seguían, que sólo sentían culpa ante la pena que debían pagar por su fracaso o por si no se demostraban lo bastante ‘comprometidos’ con el bando ganador luego de su absolución por él. El arrepentido, en suma, produce monstruos porque, *siendo como es* el punto final de la culpa, ésta en cambio le sobrevive a través del miedo³⁹, y entre el patrimonio del mismo se cuenta su excepcional capacidad para alterar la visión de la realidad, la interpretación de los hechos, de quien lo padece⁴⁰. En esa circunstancia, la violencia no opondrá resistencia alguna a dejarse utilizar, y cualquiera de sus formas será bienvenida para sacar al culpable del atolladero; y entre las múltiples manifestaciones de la misma su forma suprema, el crimen, deviene el instrumento más adecuado para la expiación de la culpa que lo dirige.

Honor y guerra: la política como redención de la moral

¿Cómo la culpa se redime en el honor? ¿Y qué acciones serán honorables? Es lo que nos queda por demostrar. Leíamos más arriba que los *convertos* gozaban de las ejecuciones “como si se absolvieran a sí mismos”, es decir, como si una misma persona fuera el arrepentido y quien lo absuelve, cosa que para su desgracia⁴¹ no era cierta, según veremos enseguida. ¿Y por qué necesitarían auto-absolverse? En apariencia cabría una única respuesta: se saben todavía culpables, y culpables de una doble traición, además: la que los llevó en su día a abjurar de la fidelidad debida al emperador y la que los llevó ayer a abjurar de la lealtad contraída en la alianza con sus antiguos camaradas de rebelión. Una culpa honda y cruel que ningún arrepentimiento puede desarraigar porque la simple presencia física de excompañeros antes sus ojos, de individuos con los que hasta ayer mismo compartían proyecto, activa de inmediato el recuerdo de la rebelión en su memoria y, por ende, la herida de la culpa en su conciencia. Dicha respuesta nos parece correcta, mas insuficiente. La dicha que les producen las ejecuciones no proviene, creemos, de que el converso debe probar con la ejecución sumaria la plena reasunción de la antigua fe, sino de un hecho incomparablemente más sobrecogedor: la crueldad en las ejecuciones

³⁸ Par. 44, 3.

³⁹ Por lo que, en realidad, el arrepentimiento en absoluto es lo que debería ser...

⁴⁰ Par. 39, 2.

⁴¹ Quizá también para su suerte, cabría pensar. Porque en tal caso el drama podría no tener fin ya que el mal ejecutado en los hechos podría, una vez muertos todos los rebeldes, haber sobrevivido como culpa en sus conciencias.

de excompañeros ha dejado ahí de ser venganza contra ellos para ser venganza propia, la venganza que los culpables ejercen contra sí mismos al no poder lavar sus culpas. Y como se trata de una venganza contra sí mismos pero ejercida en otros, es decir, contra aquellos que al continuar la empresa *común* le recuerdan la culpa que la espolea, esa venganza no puede en principio tener más fin que la extinción de quienes propagan con su existencia su recuerdo.

El relato de los hechos por Tácito sumerge al lector en pareja desazón a la sentida al leer el que hiciera Tucídides sobre la guerra de Corcira, su probable modelo en la espeluznante representación de la naturaleza humana que nos lega:

El espectáculo fue muy distinto del de cuantas guerras civiles ha habido. Sin combate, sin partir de un campamento opuesto, sino saliendo de los mismos lechos, aquellos a quienes un mismo día había visto comer juntos, una misma noche juntos descansar, se dividen en bandos, se atacan a mano armada. Al exterior, clamor, heridas, sangre, la causa permanece oculta; el resto lo gobierna el azar... Y ni legado ni tribuno comparecieron para imponer moderación: se permitió a la turba licencia y venganza hasta la hartura.

El momento en el que matar ya no divierte y vengarse no estimula se diría asimismo el momento en el que la culpa logró al fin su absolución.

Empero, Tácito nos sigue diciendo que Germánico, al llegar al campamento, desapruueba tal *barbarie* y la juzga un “desastre”, en absoluto un “remedio”. Y las palabras provenían del mismo que había amenazado con una “matanza indiscriminada”. Para los conversos es la “locura”, la constatación de que de nada ha servido la carnicería llevada a cabo con tanta lealtad, la convicción de que su culpa sigue viva en su conciencia y de que auto-absolverse es poco más que un pío deseo. En ese instante en el que el suelo parece moverse bajo sus pies –la venganza contra sí mismos ha salido derrotada en sus propósitos y una cierta forma de piedad da refugio en su pecho al recuerdo de sus camaradas recién caídos– una idea cruza fugazmente sus cabezas para apoderarse febrilmente de sus ánimos “aún feroces”, la única en conferir a su culpa una forma solemne de expiación. Siendo soldados, un escenario *heroico*, el campo de batalla, les urge a buscarla allí: su sangre será la cicatriz que cierre la herida con su pasado y la tumba cabal de su culpa. Tácito conmueve una vez más al contarlo: “Entonces se apodera de los ánimos todavía feroces el ansia de marchar contra el enemigo para expiar su locura; no había otro remedio –decían– de aplacar a los manes de sus camaradas que recibir en sus pechos impíos heridas honorables”⁴².

Llegada la hora del honor la política resurge como *locus* del perdón y vuelve a brillar para dar esperanzas de extinción de la culpa. Lo terrible, cierto, es el precio, porque una Roma reconciliada consigo misma, esa Roma de nuevo *una*, en la que todos los soldados guerrearán al unísono y ebrios de furor bajo el mismo estandarte imperial, es sólo una cara de la moneda: que se completa con una *impía* derrota del enemigo; con toda su rabia a punto, esas aves de presa denominadas legiones comandadas por Germánico caen por sorpresa sobre los desprevenidos moradores de un campamento germano reduciendo la guerra a crimen, esto es, la vida a muerte y las cosas a devastación. “Ni el sexo ni la edad fueron motivo de compasión” y sus edificaciones, “civiles o religiosas... quedaron

⁴² Par. 49, 3.

arrasadas”⁴³. Si en la guerra, según vimos, caían juntos inocentes y culpables no se debe sólo a los inevitables efectos colaterales que suscita, sino también, según vemos, a que la brama de venganza y la solución política al drama de la rebelión pueden haber aniquilado previamente el menor rastro de diferencia entre unos y otros.

Ahora bien, para una parte de los legionarios, el desvarío moral que escindía sus personas mientras las enfrentaba ora a Roma ora a los rebeldes, termina aquí, con la política como tierra de promisión donde se cumplen las promesas generadas por ella misma. Así, cuando otras tribus germanas perpetran castigar el crimen romano con otro crimen, Germánico, informado al respecto, se llega ante la legión XX –una de las dos *irredentas*, recuérdese– y arenga a sus miembros diciéndoles, afirma Tácito, que “aquél era el momento esperado para borrar la mancha de la sedición, que avanzaran, que se dieran prisa en *cambiar su culpa en honor*”. Las palabras no dejan lugar a engaño; cuanto de la culpa se había resistido al perdón a través del arrepentimiento o la venganza, sobre otros o sobre sí mismos, se deja redimir ahora mediante el honor; y todo cuanto a ellos no fuera posible a pesar de lo mucho que la *auto*-venganza flagelaba a la culpa en su conciencia lo logra en un santiamén el mago oculto en las precisas palabras de Germánico, y sin ninguna magia: ¡era lo que los ex rebeldes necesitaban para recuperar la confianza en su lealtad y reconciliarse con la Roma que en algún momento de sus vidas habían dejado atrás!

El efecto, puede imaginarse, fue repentino, y letal para los germanos: “Se encendieron los ánimos, y en una sola acometida arrollan al enemigo...”. Las palabras finales no pueden ser más elocuentes: “(...) A partir de ahí el camino fue tranquilo, y los soldados, orgullosos del presente y olvidados del pasado, quedan instalados en los cuarteles de invierno”⁴⁴. El honor, al fin, ha expiado la culpa, la política ha servido de redención a la moral, lo que significa constreñirla a sumar acción al arrepentimiento⁴⁵, y la guerra civil que la rebelión pudo provocar si se intentaba sofocarla yace ya entre las tumbas olvidadas de la historia.

⁴³ Par. 51, 1. Comparecen aquí hechos y palabras usados en las *Historias* al narrar la destrucción de Cremona por las tropas de Vespasiano contra las de Vitelio.

⁴⁴ Par. 51, 3-4.

⁴⁵ Además de reponer el precio que ya Homero puso a su existencia: su *pureza* es sólo ilusión...